



Nathanael Yáñez Silva

Casa grande, por Luis Orrego Luco

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Nathanael Yáñez Silva

Casa grande, por Luis Orrego Luco

Gabriela avanzó con paso trémulo hasta la verja de hierro, en donde recibió la comunión de manos del señor arzobispo, en el encantador y minúsculo templo de las monjas. Y luego, cuando volvía a su asiento, con el cirio de luz pajiza y trémula en la mano, y el alma transportada a las regiones místicas, sintió que su vista se iba sin saber ella cómo, en fuerza de sugestión extraña, a uno de los rincones en donde se agrupaban los jóvenes parientes de las heroínas de la fiesta. Allí divisó a su primo, y más lejos, a un hermoso joven, albo, de cabellera crespa, grandes ojos negros, cuya mirada ejercía sobre ella irresistible poder de atracción...»

Es éste un pasaje aislado de «Casa Grande», uno de esos pasajes que muchas veces pasan desapercibidos y que a lo más sirven a los novelistas para un final de capítulo como nota de sentimiento. Pero en esta novela es para mí una de las partes más importantes en la trama dramática.

Es nada menos esta sencilla escena, acaso vivida en una triste mañana fría, uno de esos instantes transcendentales que deciden de toda una vida, como pasa en la existencia de Gabriela Sandoval y Angel Heredia. Aquella comunión al reflejo amarillento de los cirios, aquella marcha de la rejilla del presbiterio a su asiento, envuelta el alma como en una voz celeste, y luego al azar la mirada, ya de regreso a la realidad... allá, no muy lejos, aquel hombre, de una seducción extraña, que ya no se olvida, que no se olvidará nunca y que decidirá de toda una existencia... Cuando Gabriela se sienta morir, al lanzar aquel reto cargado de rencor, muy silenciosamente, muy llena de tristeza, se le presentará la imagen empalidecida al través de la distancia, de aquella primera comunión inolvidable, en que, entre flores y cirios encendidos, conoció al hombre que tanto adoró y que entonces la mata!...

Es por esto, que yo he encabezado este artículo copiando algunas líneas de ese trozo de la novela.

Si hemos de dar a conocer el total de la obra, antes de entrar a estudiarla en el detalle, diremos a grandes rasgos: Angel Heredia es un hombre hijo de rancia familia aristocrática, de temperamento impulsivo, neurótico, soñador y apasionado. Lleva en su sangre degeneraciones y atavismos. Casa con Gabriela Sandoval, -también aristocrática- alma buena, noble y con un criterio y una serenidad que la caracterizaban. Viene en aquella unión el desencanto, producido por pequeños detalles, poco a poco muere el cariño hasta trocarse en indiferencia y, por último, en odio encubierto. Angel quiere romper aquellos

lazos y la única manera de conseguirlo, es haciendo desaparecer a Gabriela. La envenena lentamente, después de haber luchado contra el malsano impulso, y queda libre por fin, pero con una profunda herida moral que exaspera sus nervios y lo hace considerar la vida más amarga que lo era antes...

Este es el boceto rudo de la idea total, a cuyo rededor se agrupan los detalles y la atmósfera que forman la obra entera.

El tipo de Ángel Heredia -figura de primer término, como lo es Gabriela Sandoval- está estudiado por Orrego Luco con distinción y cariño. Cruza toda la novela, siempre simpático, siempre seductor y elegante, con su carácter voluble, generoso y apasionado. Heredia es uno de esos hombres para quienes deseamos, mientras dura la lectura de un libro, toda clase de felicidades. Y al hablar así, me refiero a todos aquellos que leen sin haber perdido la frescura de impresión artística, y no para esos, que con el afán del «profesionalismo» literario, cogen un libro con el prejuicio de encontrarlo malo, con el deseo petulante de encontrar defectos para satisfacer vanidades agrias de críticos a la antigua.

Quizás muchos tengamos algo de Heredia: apasionamientos locos, junto a pesimismo negro; deseos de sensualismo, refrenados por la máscara social, al lado de ensueños místicos que por algún tiempo nos poseen. Ese temperamento, a no dudarlo, es un producto del medio en que se desarrolla, de esta época de transición de un país, en la que se es, ni demasiado malo ni demasiado bueno.

Se conduce durante su vida, como es lógico que se conduzca un individuo, que no habiendo tenido jamás apremios de vida, no conoce el sufrimiento ni se ha templado en él. Una desilusión cualquiera, es lo definitivo de la amargura. No hay consuelo para Heredia, en su vida, sino haciendo desaparecer lo que se figura que es pesada cadena. Viene la desgracia a su espíritu por detalles risibles para quien no tenga su temperamento y educación:

«¿Cuándo había comenzado el desacuerdo, el desnivel moral? -dice el autor- Ángel lo ignoraba; recordaba, solamente, una sensación física de disgusto al verla, por primera vez, con el pelo preparado para peinarse con ligeras envolturas de peluquería. Había tenido entonces la sensación clara, definida, de que sus peinados, sus elegancias, no eran tan solo para él...»

Como se ve, el que un hombre bien equilibrado se desilusione por un detalle que en la vida -como yo la entiendo- es una cosa sin valor; acusa en Heredia al refinado enfermizo.

Este detalle es tanto más razonable colocado ahí, cuanto que también ha sido traído por el temperamento de un escritor, que tiene, -como a cada instante lo demuestra- esos refinamientos dolorosos producidos por una imaginación ardorosa y una visión de pupila muy sensible en detalles mundanos.

La actuación de Ángel Heredia, en la obra, juzgada bajo el punto técnico, ha costado a Orrego Luco, no poco gasto de energía intelectual y algún esfuerzo de composición.

Para poder justificar aquel envenenamiento, para sacar airoso su idea total, presentada en la tesis disimulada de que el lazo matrimonial, tal como hoy existe, es una cadena inhumana, una cárcel sin salida; ha agrupado detalles del temperamento de Heredia, atavismos, lesiones nerviosas, para que nadie se sorprenda del desenlace de «Casa Grande».

Si esto está perfectamente para que los sucesos tengan su lógica y sean la consecuencia natural de lo expuesto; sin embargo, en la manera de exponerlos, se nota un afán para que no olvidemos las causas, la fuente de todo lo que pasará, e insiste, como con temor a que lo olvidemos, en contarnos dos o tres veces la herencia y la psicología que obran sobre Heredia.

El autor quizás lo sepa mejor que yo: -en muchas novelas de grandes escritores, que conocen a fondo la técnica y la psicología de los lectores, en libros que tienen 400 o más páginas, hacen un ritornello al final de algo que pasó en el primer capítulo. La única dificultad que tiene esto, es hacer que la nota y el detalle que se va a evocar después, quede grabada con intensidad en la imaginación del que lee.

El señor Orrego Luco, la primera vez que nos habla del espíritu de Heredia, nos deja perfectamente informados; pero luego parece asaltarle el temor de que olvidemos lo que nos ha dicho, y nos lo vuelve a contar.

Gabriela, su otra figura de primer término, viene a ser para nosotros la mujer cuyo recuerdo no se borrará tan pronto.

¿De dónde ha nacido el cariño que tenemos por algunos novelistas? A mi parecer, por sus figuras: Desideria Delobelle, la triste cojita que Daudet nos muestra con su sonrisa levemente irónica, trabajando flores artificiales en medio de su amargura; Angélica, el ensueño místico de Zola; Luisa, la ingenua apasionada de «El Primo Basilio», el tipo más encantador de Eça de Queirós; Flora, la fina y ardiente muchacha de Felipe Trigo en «Las Ingenuas»...

No se olvidan esas figuras, y aún más, los que tenemos el pecado de soñar en medio de las rudas realidades; más de alguna vez habremos pensado en encontrar esas mujeres por el mundo...

Confieso que habría querido que Gabriela no hubiese muerto, que hubiera vuelto a la felicidad, a la vida, en donde ella era un ensueño de belleza... Me parece verla en aquel instante supremo, ingenua, confiada, alzando sus encajes que toda la vida usó, para que la aguja homicida la matara, engañándola...

Qué bien trazada está Gabriela, correcta sencilla, con generosidad principesca, llevando en su alma un drama enorme y silencioso que jamás se hace público, ni aún a la hora de la muerte, cuando al ver dice, para salvar la honra de sus hijos.

Muchas veces, quizás, habremos visto cruzar por las calles céntricas de Santiago, sobre el tapiz claro de una victoria, alguna de esas damas que, llevando todo un mundo de amargura en el alma, sonríen al pasar y prodigan amables y discretos saludos.

La visión artística del señor Orrego Luco, es amplia; entiendo yo por visión artística, la manera de observar la vida y luego aprisionarla en el papel.

Andrés González Blanco, el finísimo crítico español, al hablar del realismo en arte dice que jamás la vida podrá aparecer escrita rigurosamente tal cual es por el solo hecho de tener que pasar primero al través de un temperamento. Siempre será ennoblecida por aquello de arte que éste tenga; siempre su sensación de color variará, produciendo, aún en los hechos y las cosas de todos conocidas, la variación de matiz, de claroscuro, que la da el estilo, envolviendo a la cosa representada, en una bruma que suaviza los contornos.

Como en nuestra joven literatura, son todavía pocas las novelas buenas que hay, y casi en todas ellas se ha huído la localización por falta de confianza y aplomo al escribir; existe aún el temor de nombrar cosas o paisajes precisos. Por un prejuicio infundado, creemos que aquí no puede haber poesía o encanto para aportar al paisaje. Nos encanta leer una descripción de Venecia, de Roma; los jardines del Luxemburgo nos parecen que son irremplazables como fondo para una escena; pero luego nos vemos a la caída de una tarde primaveral o de otoño vagando por las Delicias, y nos decimos: «esto no se puede describir... ¡qué dirán!...»

El señor Orrego Luco rompe con el estúpido prejuicio, y se da un placer nombrándonos sitios y describiéndonos paisajes urbanos, que a muchos hará exclamar: «¡Pero esto no es de aquí!»

La única dificultad consiste en tener una pupila sensible y escoger el punto interesante para hacerlo.

Dice Gabriel D'Annunzio en «El Fuego» estas frases que pone en boca de Stelio Effrena, uno de los paisajes: «Yo pienso que todo hombre de intelecto pueda hoy, como siempre, en la vida crear su propia fábula hermosa. Es preciso mirar en el torbellino confuso de la vida con aquel mismo espíritu fantástico con que los discípulos del Vinci por los consejos de su maestro, debían mirar en las manchas de los muros, en las cenizas del fuego, en las nubes, en los fangos, y en otros semejantes sitios para encontrar invenciones admirabilísimas y cosas infinitas...»

Estas palabras tan bellas y verdaderas de D'Annunzio, son a mi juicio la base fundamental del arte. Si las imágenes exteriores no tocan sensiblemente la pupila, imposible será sentir, producir obra de arte delicada.

Orrego Luco demuestra tener sentidos muy sensibles. Aún creo yo, que esa sensibilidad, forma parte importantísima en los goces de la vida del escritor. Un recuerdo: «Sintió Ángel la necesidad de pensar en Nelly, hacia quien convergieron de súbito, las fuerzas de toda su alma. Se dirigió en puntillas a una de sus maletas, cogió un pequeño envoltorio y lo llevó a su lecho. Sacó un pañuelo con riquísimos encajes de Inglaterra, sintiendo como se desprendía de él perfume sutil y penetrante, tan lleno de vida, tan emanado de ella como si estuviera próxima... Luego cuando palpó un guante blanco en el cual se conservaban amoldadas las huellas de sus dedos largos y delgados, la impresión finísima de sus coyunturas, las arrugas de la muñeca; sintió como un estremecimiento nervioso que le recorría el cuerpo...»

¡Cuánta sinceridad, cuánta pasión en estos párrafos finísimos, en estos detalles admirablemente observados. Se goza Orrego Luco en evocar. Cuántas veces no pasa en la vida, que en una noche de penetrantes recuerdos, se va al cajoncillo del escritorio donde se guardan amados despojos de amor, para volver a tocarlos, para que al cerrar los ojos mientras se palpa la aspereza de un encaje, traer la imagen pasada, y al aspirar ansioso y casi desfallecido de emoción, el aroma de un pañuelillo arrugado y leve, sentir la impresión deliciosa de una forma adorada, su perfume, su todo, escapándose de entre los pliegues de la tela.

En los párrafos copiados, he subrayado algunas palabras, frases enteras, muy bien escogidos para producir la plasticidad deseada. Esta poderosa fuerza desarrollada en estos detalles, se hace tan sensible, que parece que hiciera desaparecer por completo la frialdad del papel y la rudeza del tipo de imprenta.

Insisto en estos detalles, que al parecer son nimios, pero que para mí me dan a conocer una faz interesantísima de la sensibilidad artística y física del escritor. Considerado estos detalles técnicamente, como composición, como trozos del cuadro total; vienen a aportar a la novela notas íntimas que le dan sumo interés y gran valor como realidad. Confieso que yo soy un gran enamorado de todos esos matices de la pasión; no por la pasión misma; sino por los encantos fugaces que veo en ellos, por la trascendencia que tienen en la vida, para algunos temperamentos, por todo el gran bagaje de belleza y de latidos de corazón, profundos, que lleva al arte, dándole calor de intimidad y de vida impetuosa.

Aunque en la novela de Orrego Luco, no es el paisaje la nota sobresaliente, sin embargo éste no está descuidado. Para mí, lo mejor del tomo primero de «Casa Grande», es lo que se refiere al paseo al «Romerol de Culipeumo» -sin olvidar la escena rápida de la muerte de don Leonidas-.

Como literato paisajista, Orrego Luco, pertenece a la clase de autores que para pintar agrupan detalles para producir la impresión que quieren. A veces este método, no siempre produce resultados, sino más bien un desvanecimiento en que la mirada del lector se pierde viendo muchas cosas a la vez. De tiempo en tiempo se da la nota precisa, justa, que nos trae de un golpe la imagen. Leyendo a Azorín, el gran maestro español para producir esta sensación, vemos siempre que un paisaje nos es evocado por dos o tres notas típicas, únicas, que nos dan clarísima la imagen completa.

Es esto el fruto de una larga observación y de un conocimiento profundo de aquellos detalles sin los cuales el total no tendría la fuerza necesaria de representación; es el resultado de un amplio conocimiento del poder evocativo de las palabras, de la combinación de sus sonidos, y muchas veces hasta de la manera de agruparlas.

Siendo la novela el conjunto de todos estos conocimientos técnicos y de todos estos recursos, para pintar la vida; debiera exigírsele a un novelista la aplicación de ellos; pero siendo así, la labor sería algo demasiado pesado, y quizá casi imposible. En España, Martínez Sierra y Azorín, dan en este sentido la nota alta; pero se han dedicado casi exclusivamente a eso, como lo declara Martínez Sierra en «La Humilde Verdad» -una de sus novelas-.

He notado algunos trozos de paisaje en «Casa Grande». Es una mañana clara, vibrante de luz:... «Más allá el lejano bullicio de las loicas. Era como un concierto de pajaritos en el cual llevaban el contrabajo las abejas y moscardones en su incesante zumbido. Bocanadas de aire caliente azotaban el rostro, en tanto que en las lejanías se contemplaba la vibración de vapores luminosos que se alzaban de la tierra, allá entre las alamedas lejanas...» «...Un cardenal mostraba su pecho colorado sobre una cerca viva, dando saltitos. El aire traía sensaciones de frescura perfumada, de la parte del parque regada en esos instantes por los jardineros, y olores de resedá y de rosa...» «...Brillaban a lo lejos, como incendio, las vidrieras de conservatorio heridas por rayos de sol, y los jóvenes iban en desordenado grupo, gozando de la deliciosa tranquilidad de la mañana, parándose a ver una planta nueva... o súbitamente detenidos al divisar en los claros de los árboles, como se mostraban agrupadas las casas de la aldea... las casucas con techos de teja y varios ranchos de totora, de donde partían humitos azules perdiéndose en el cielo allá muy lejos, al extremo de un potrero de rastros amarillentos, en donde pacían echadas, vacas de manchas blancas y negras...»

No es Orrego y Luco un literato pintor del campo, ni creo que presumirá serlo; pero sin embargo pinta nuestro paisaje chileno con sus detalles, con su sereno encanto, siempre con buen gusto en la frase, ante todo; cosa que no siempre encontramos en la literatura rural...

En casi toda la novela, siempre que el autor nos muestra algo, nos lo da a conocer por entero, no dejando así a la pupila misterio, ensueño, esa bruma que debe envolver las cosas. Entramos a un salón, y nos muestra todo, sus muebles, sus lámparas, sus cortinas, en un afán de hacernos conocer esas elegancias; cuando si nos dijera que en una sala había un jarrón de Sèvres, una mesilla de cubierta de ónix, ya sospecharíamos que el jarrón no estaba junto a un mueble de álamo, sino guardando armonía de buen gusto con un estandillo de palo santo.

Como pintor de mujeres elegantes y aristocráticas, da una nota finísima. El escritor encuéntrase en su mundo, se solaza escribiendo, y a veces con detalles tan sutiles y originales, que hace pensar en la delicadeza de Felipe Trigo al describir trajes de mujeres. «...Gabriela recibió los últimos toques. El peluquero compuso pequeños detalles... y se colocó a distancia, mientras la modista arreglaba prendidos de lazos en el escote. La joven estaba elegantísima, con su traje de seda lila... Las mangas eran cortas y terminaban en ondas de encajes que caían sobre el larguísimo guante blanco, terso, fresco. Su mano larga y delgada, recogía la falda del vestido, con lo cual se diseñaba nítida, su pierna escultural. Era la belleza cálida de una flor de conservatorio, de color blanco mate y de tez azulada en su transparencia enfermiza y exangüe»... Y luego un detalle familiar, íntimo, de amable gracia: «...Manuelita Vásquez se acercó, besándola y abrazándola: 'eres ideal'!...»

-«Cuidado con despeinarla» -gritó Magda que esperaba ya lista...» Al lado de aquella nota de elegancia refinada, la nota vulgar, muy bien observada y puesta ahí produciendo más sensación de realidad. Todos estos detalles, lo trata muy bien Orrego Luco, y con esa confianza que da el haber conocido ampliamente lo que se explota:

«En cambio, Gabriela estaba triste, profundamente triste y hermosa. Sus cabellos rubios le formaban uno como casco de oro veneciano bajo el cual tomaba su frente un tono de alabastro, en donde se diseñaban ligeros surcos, dándole ese tono especial de los árboles, cuando comienzan a caer las hojas en otoño. Sus ojos grandes, rasgados, circundados de una tibia penumbra azul, brillaban con casto fulgor opaco; su boca, de expresión bondadosa, entreabierta, dejaba relucir por lo limpio del esmalte, dos filas de menudos dientes, entre unos labios teñidos de rosa decolorida. Algo incierto, algo inquieto palpitaba en su persona toda, de color anémica y como marchita, de una albura de lirio en conservatorio, de flor enferma».

Es este un retrato a lo Boldini, apurando el color en sus más fugaces gradaciones. Hay frases aquí, hechas de combinaciones de palabras hábilmente elegidas, como: «sus ojos grandes circundados de una penumbra azul»... «su boca entreabierta, dejaba relucir dos filas de menudos dientes entre unos labios teñidos de rosa decolorida». La colocación de este sustantivo y de este adjetivo: rosa decolorida, acusan al estilista fino que busca sus sensaciones en lo más exquisito de una imagen, al literato-artista que sabe que la «palabra» «decolorida» dará fuerza de impresión y sentimentalismo a la frase completa. Esto llamo yo ser estilista, a más de dominar la parte mecánica de la narración, conocen el valor que toman ciertas palabras en ciertas circunstancias y la harmónica plasticidad que darán a la imagen total.

El silencioso drama social, las pequeñeces de nuestro mundo aristócrata, sus pasiones, sus vicios, sus virtudes y generosidades, quedan perfectamente al descubierto en «Casa Grande». Los que pertenecen a ese círculo, con razón fundada pudieran guardar a Orrego Luco un cordial rencor porque los ha defraudado y les ha sido desleal. Pero lo salvan de esta inculpación, el arte con que ha tratado los puntos más escabrosos y su honradez de

novelista que lo obligan a ser siempre y eternamente sincero por sobre todas las cosas y todos los prejuicios. Sin embargo yo considero que se ha dejado llevar por su benevolencia al pintarnos tipos como Vanard, Sanders, Peñalver. Hasta no hace mucho tiempo se creía que el novelista debía exponer los hechos, pintar personajes y dejar que el público dijera de ellos, este es bueno o aquel otro es malo. El arte moderno -me refiero a la novela- ha prescindido de tal tontería inhumana, porque desde luego hay que considerar al que escribe no como una máquina cinematográfica, sino como hombre con pasiones y criterio. ¿Que el novelista ha de ser imparcial? -¡Mentira!- respondo yo, porque si lo fuera pasaría a la categoría de hombre-cabeza, sin corazón, que mira la vida y hace de ella un arte de cartón y de comercio. Daudet, escribió exclusivamente, como él lo declara con franqueza encantadora, su «Lucha por la existencia», porque no podía tolerar aquello de que el más fuerte se coma al más débil, porque lo sublevaba el triunfo de los malos. «Lucha por la existencia», relativamente fracasó como obra teatral; pero es un libro admirable de bondad y de corazón.

El novelista, a mi juicio, puede y debe mostrarse apasionado; eso es humano. No digo que Orrego Luco aplauda las tonterías de Sanders o las de aquellos otros que en su obra son tipos de segundo término; sino que noto en toda la obra una risueña condescendencia, cierta afabilidad y benevolencia para cosas que son reprochables.

Acaso de aquí nazca cierta falta de valentía y vigor que descubro en «Casa Grande». Como compensación a este desaliento que he sentido, surge de la novela una nota simpática, un gran consuelo para todos aquellos hombres, que anónimos por nacimiento y desdeñados por la fortuna, se elevan con paso seguro, firme y avasallador, por sobre prejuicios y trabas sociales. Este tipo no existe en la novela; pero está en esencia, como sombra buena y virtuosa contrastando con la silueta débil y enfermiza de cualquiera de aquellos que cruzan la novela con el cerebro cargado de idiotas vanidades.

Magda, me parece una figura interesantísima: ingenua, con adorables locuras infantiles, un poco vanidosa; pero siempre sincera y consecuente con sus expansiones. Un magnífico producto de su medio-ambiente y muy bien llevada, al través de toda la obra. Actúa en instantes en que jamás se falsea su temperamento, y así hasta el final, aún cuando penetra a la pieza de su hermana muerta, «teatralmente», como dice con audacia Orrego Luco.

Nelly, la dulce viajera que consuela a Heredia, me parece demasiado apasionada al considerarla de sangre sajona. Este, que puede ser un defecto, viene a aportar mayor atractivo a aquel episodio de la novela. Como detalle de composición, es una figura muy bien traída. Ella da lugar a aquel bellissimo trozo del paseo a la Alhambra, durante el viaje de Heredia a Europa, y viene por fin a decidir el desenlace, dramáticamente, por la poderosa fuerza evocatoria de Heredia, ya completamente depenerado.

Aquella descripción de la Alhambra, cuando Heredia y Nelly la visitan, es uno de los trozos más artísticos de la obra. No es ésta una simple descripción del estilo, sino es el sitio visto al través de un especial estado de alma. Heredia siente todo el peso de una desgracia

inmensa, la cadena pesada de su matrimonio; y de improviso, con la alucinación leve de un sueño, se ve con aquella Nelly, que ha visto por primera vez en la cubierta de un barco, en medio de aquella Alhambra, fantasía hecha de encajes de mármol por las acariciadoras manos de los árabes bajo el cielo de España... Es el olvido de la realidad, es la tregua al dolor, es el beso de abandono bajo la blancura secular de las columnas del patio de los Leones...

Desde este momento la novela entra a un gran interés dramático, se hace emocional intensamente hasta su fin.

Esas mujeres como Nelly, que cruzan a nuestro lado como «sombras de amor» del camino, para consolarnos a veces, para hacernos vivir un fugaz ensueño; son figuras interesantísimas de encanto y poesía. Siempre generosas, desinteresadas, envueltas en el misterio de lo desconocido de su pasado, y que al desaparecer en nuestra vida dejan en el alma, como recuerdo que no muere jamás, el perfume sano de tronchadas rosas de otoño...

Aplaudido en Orrego Luco la elección de esta figura tan vivida, tan evocativa de nuestras propias emociones. Todos tienen alguna Nelly en sus recuerdos, todos tenemos adorables «sombras de amor», que amamos locamente con todo el egoísmo dulce del silencio en la intimidad del espíritu. ¡Nelly! Eterna Nelly de ensueño en medio de la ruda realidad!...

El capítulo que se refiere a aquella última comida en casa de Marta, es uno de los mejores escritos, junto con aquella pintura de la muerte de Gabriela, el gran cuadro mundano trabajado con todo arte, el gran contraste de todas aquellas mujeres vestidas de recepción, en la casa señorial en donde flota meditando el alma de la muerte. «Diríase una noche de baile -dice Orrego Luco- a no ser porque había escasa luz y se hablaba a media voz». Veo circular, bajo los mecheros temblones, el frac negro de los hombres, algún traje color cielo, de mujer, que se oculta tras un biombo, alguna capa de baile «rosa marchita», perdiéndose allá al fondo, en la pieza de la muerta...

Con admirable tacto para producir emoción sincera, el autor ha descrito el acto de la inyección de digitalina: «Su marido levantó el vestido con delicadeza, sintiendo con el crujir de las faltas una sensación desagradable. Las piernas delgadas y fuertes, cubiertas con media de seda, quedaron en descubierto, así como los pies calzados con zapatillas de baile... Cogió la pierna de Gabriela colocándola sobre su rodilla y corrió un poco el calzón de batista, con velos de encajes y cintas, buscando el punto acostumbado, y allí hundió la aguja suavemente...»

¡Qué escena, qué final de drama en que se mezcla el sensualismo y una desesperante inquietud de alma. Yo pensé: «No la mates, Heredia». Y Gabriela, ¿qué pensaría?... Acaso divisó perdida en los años de la infancia, aquella mañana de su primera comunión, aquellos ojos extraños mirándola por sobre luces é incienso...

«Casa Grande», la considero muy superior a «Idilio Nuevo» y una novela destinada a vivir mucho en nuestra pobre literatura. Esta obra por las condiciones técnicas y el arte que lleva, puede servir de base para la formación de nuestro género novelesco tan mezquino.

Tengo la certeza que Orrego Luco ha vivido con intensidad sus personajes, y aún que los ha amado apasionadamente durante la gestación de su obra.

Ahí está esa Gabriela, fija aún en nuestras pupilas; el pobre Ángel, Magda, Peñalver, Nelly, por fin, cruzando las páginas con toda la amargura de un desencanto irreparable, esperando la respuesta a su desolada carta de amor...

N. Yáñez Silva

Santiago, 25 de Septiembre 1908.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo